



AÑO II

← BARCELONA 11 DE JUNIO DE 1883 →

NÚM. 76

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



OTOÑO, dibujo por A. Marie

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS.—LA DEUDA FLOTANTE, por don Fernando Martínez Pedrosa.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—OTOÑO, dibujo por A. Marie.—MARÍA ESTUARDO Y RICCI, cuadro por John S. Dali.—LA PENA DEL CEPO, por Enrique Serra.—INSIGNIAS IMPERIALES DE RUSIA.—Lámina suelta: RETRATOS DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ DE RUSIA.

REVISTA DE MADRID

Viaje de personas régias.—Entusiasmo por un cuadro.—*La rendición de Granada*.—Conversaciones.—Exaltación de los senadores.—Obstáculos.—La crítica de Fernanflor.—Petición de Pradilla.—Preparativos fantásticos de viaje.—Deseos de Boabdil.—El cartel de Fernanflor.—Clausura de los teatros.—Un diccionario poliglota.—El rapto de Elena.

La partida ha sido poco fastuosa.

Salieron de Madrid sin que los cañonazos estremecieran los aires, sin músicas, sin filas de soldados, sin volteo de campanas.

Y... creedlo; de todo ello tiene la culpa un ingenioso escritor que á última hora desprestigió á los brillantísimos personajes del cuadro.

* *

La *Rendición de Granada*, de Pradilla, había sido la admiración y el encanto de los madrileños durante los días en que fué pública su exhibición en el Senado.

Las masas acudían á contemplar el lienzo y se extasiaban ante aquellos prodigios de color y primorosos detalles de los Reyes Católicos recibiendo las llaves de Granada de manos de Boabdil el Chico.

No es fácil olvidar aquella procesion henchida de fervor artístico, compuesta de hombres de todas clases y condiciones, de mujeres, de niños, todos contestes en alabar el cuadro de Pradilla.

Durante algun tiempo no se habló de otra cosa.

—¿Has ido á verlo?

—¿Qué?

—El cuadro de los Reyes Católicos.

—Todavía no; voy á ver si me desocupo uno de estos días...

—¿En qué estás pensando?... ¡Eres muy raro! Quizá seas tú el único madrileño que no le ha hecho su correspondiente visita. ¡No tienes gusto!

—Lo que no tengo es tiempo...

—¡No importa! Se deja todo. Yo he enviado hasta á mi doméstico. Debemos fomentar el cultivo de lo bello y la instrucción pública. Si vieras qué cambio han sufrido las maneras de mi criado desde que lo ha visto. ¡Qué sumisión la suya desde entonces! Cada vez que le pido al salir de casa la llave de la puerta de la calle me la entrega con la misma actitud del moro que ha visto en el cuadro. ¡Pues y mi hijo!... Es gracioso... El pobre muchacho está aprendiendo ahora geografía y me pide que le lleve á veranear á la Dalmacia para que le hagan una dalmática como la que tanto llama la atención de los que visitan el cuadro de Pradilla. Con que... ya sabes; no dejes de ir á verlo.

—Iré, iré. ¡No faltaba más! Es una peregrinación que todos los habitantes debemos hacer, como van los mahometanos á la Meca.

* *

Los senadores llegaron á considerar el cuadro de Pradilla como un arca santa en frente de la cual se prosternaban muchos de ellos ántes de resolver las árdidas cuestiones referentes á la salud y al engrandecimiento de la patria.

Jamás soñó ninguno de ellos en que la *Rendición de Granada* pudiera abandonarles.

Así es que cuando algunos aficionados á que los extranjeros conocieran nuestras glorias artísticas propusieron que se enviara el cuadro á la exposición de Munich, los senadores pusieron el grito en el cielo.

—¡Horror!

—¡Abominación!

—¡Delirio!

Creo que no hago ninguna incursión peligrosa en el campo de la política recordando la sesión secreta en que se trató de tal asunto.

Madrid hervía en discusiones. Al fin y al cabo era cosa grave enviar por esos mundos de Dios, expuestas á todos los percances de un largo viaje, á tanta persona ilustre contenida en el cuadro. Los ferrocarriles no son absolutamente seguros: hay choque de trenes, descarrilamientos, y puentes que aguardan precisamente el instante en que la locomotora y los wagones cabalgan sobre sus lomos para hundirse diciendo:

—¡Ea!... no resisto más. Ya estoy cansado de hacer de mozo de cordel. Voy á descansar. ¡Me tiendo á la bartola!

¡Luégo los peligros de las aduanas, la acción corrosiva del polvo del camino, las dificultades del cambio de clima!...

Cuanto más se reflexionaba sobre el viaje del cuadro, mayores proporciones iba tomando la especie de muralla de la China que le cerraba el paso en la frontera.

La intransigencia llegó á tal punto que un señor de costumbres muy arregladas y de vida muy piadosa me decía:

—Nadie podrá poner en duda mi fervor católico. Yo quisiera que el catolicismo brillase en todas las regiones del globo. Pero tocante á esta cuestión de arte, soy ex-

clusivista en sentido contrario. ¡Los bávaros no han de ver á nuestros reyes católicos *ni pintados!*

* *

En definitiva los senadores resolvieron por mayor número de votos esto mismo. *La Rendición de Granada* no saldría del Senado.

Y hé ahí que cuando más acrisolado parecía el mérito de la última obra de Pradilla, cuando su gloria pugnaba por traspasar la techumbre del Senado y por *crecer, subir, tocar las nubes*, un distinguido escritor que tiene un caudal de ingenio inagotable ha venido á arrojar en varios artículos duchas de agua fría sobre el general entusiasmo público.

El coro de aclamaciones se ha visto turbado por Fernanflor. Sólo él se ha atrevido á opinar en contra de las excelsas condiciones del cuadro.

Fernanflor es un periodista sincero: no cabe duda. Siente lo que dice. Su espíritu tiene algo de paradójal. ¡Pero con cuánta brillantez reviste sus paradojas! Esto hace que todo el mundo le lea con gusto. Si no persuade, al menos deleita. Y muchos caen fascinados ante su estilo como alondras seducidas por el espejillo.

Sus artículos sobre el cuadro de Pradilla han producido sensación en el mundo artístico; y cuando ha llegado á Madrid la carta del autor de *La rendición de Granada*, pidiendo al Senado que volviera sobre su acuerdo y que enviara el cuadro á la exposición de Munich, asegurándole contra todo peligro, y respondiendo él mismo de la integridad del lienzo, los senadores se han conformado con la partida, buscando consuelo en las frases del citado periodista.

—Puesto que el cuadro no tiene filosofía, ni grandeza, ni potente fuerza de concepción,—se han dicho—no hay inconveniente en que se lo lleven á Baviera.

* *

Yo me imagino á altas horas de la noche, la conversación de las figuras del cuadro.

—Ya está decidido, señora mía—dirá D. Fernando á Doña Isabel;—tenemos que emprender el viaje. Vamos á mostrar nuestras ropas y nuestro continente á la sociedad internacional que ha de reunirse en la exposición de Munich. Es preciso hacer las maletas, y cuidar de que no nos falte nada. Tú, Gran Capitán, te encargarás de todo esto; pero ¡cuidado con las cuentas! ¡no sea cosa que luego resulten irregularidades administrativas! En cuanto á usted, señor de Boabdil, guarde la llave para mejor ocasión y aunque es usted vencido no abusará de la victoria... le permitiré que viaje en wagon de segunda clase.

Es indudable que el rey Chico de Granada ha de ver con malos ojos esa caminata. Preferiría, puesto que le obligan á viajar, dar una vuelta por la Alpujarra, recorrer aquellos parajes donde vivió echando de ménos su querida Granada.

Pero Doña Isabel que tiene en su grandioso corazón salidas para todo, lo convence asegurándole que los ricos jamones de Trevelez pueden tener trichina.

—¡Alah es grande!—dice por fin Boabdil.—¡Sea lo que Alah quiera!

Y al día siguiente—como he dicho ántes—sin cañonazos, ni músicas, ni repique de campanas, fué conducido el cuadro á la estación, y todo aquel prodigio de luz, de color, de ricas vestiduras, de personas reales, de alta servidumbre, emprendió el camino de Munich, dejando un vacío en el corazón de los senadores que ya no hacen más que decirse unos á otros:

—¡Animo!... Fernanflor lo ha dicho: el cuadro no es una gloria nacional. ¡Consolémonos... consolémonos!

La casa en que habita el ingenioso escritor se ve todos los días invadida de ancianos ilustres que van á fortalecer su corazón oyendo de los propios labios del crítico su juicio sobre el cuadro de Pradilla.

Al principio Fernanflor se ha mostrado sumamente atento. Ha razonado su opinión: ha presentado las mil facetas de su ingenio á la vista de los senadores. Pero á fuerza de hablar y de representar su papel se ha puesto ronco como Vico después de hacer muchas noches seguidas un mismo drama.

En esta situación, Fernanflor ha tenido que acudir á un recurso supremo.

A imitación de cierto gobernador de Madrid durante los tiempos revolucionarios, ha fijado en la puerta de su casa este cartel:

Respecto á La rendición de Granada... lo dicho, dicho.

FERNANFLOR.

* *

Ahora, hablemos algo de teatros.

La verdad es que ya casi están todos cerrados.

Lucinda Simoes y Furtado Coelho recogieron gran cosecha de aplausos en la representación de su última obra *Divorcémonos*, y han partido para Barcelona, donde, según se ve, han ido á parar este año casi todas las compañías madrileñas.

El teatro de la Comedia ha dejado de ser el receptáculo de todos los extranjerismos.

En la misma casa del teatro se halla establecida una librería, también de libros extranjeros, al frente de la cual se encuentra un entendido dependiente que tuvo el señor D. Fernando Fé en su librería de la carrera de San Jerónimo.

El otro día fué á pedirle un parroquiano un diccionario poliglota.

—No lo tengo,—dijo el librero;—pero si tiene usted

mucho empeño en adquirirlo, puede comprar el teatro de la Comedia. ¡Tantas son las compañías extranjeras que han pasado por él, que por fuerza debe haber quedado un vocabulario de todas las lenguas impreso en telones y bambalinas.

El teatro de Lara se cierra también estos días, y en el teatro Español se ha dado la última representación con un brillante beneficio á que acudió toda la aristocracia madrileña.

Allí cantó la célebre Elena Sanz, que había cantado otro día en casa de la señora de Rute, y que anteriormente había dejado oír su voz en la función con que la *Sociedad de escritores y artistas* obsequió á los literatos portugueses.

De modo que á fuerza de entusiasmo y de aplausos, Elena Sanz ha quedado estos días definitivamente *sanzionada* como gran artista.

Los portugueses se han ido meditando una escena heroica, un acto griego.

¡Piensan reproducir el rapto de Elena!

PEDRO BOFILL.

Madrid 8 Junio 1883

PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO

La fiesta japonesa de la duquesa de la Rochefoucault.—PARIS-AUTEUIL en el PETIT CLUB.—La fiesta campestre en la quinta de Juliette Lambert.—La exposición de los retratos de este siglo.—La exposición internacional de pinturas de la sala Petit.—El Salon.

Paris está rebotando arte. Diríase que quiere compensar anticipadamente su esterilidad anual de los meses de julio, agosto y setiembre. Una fiesta japonesa en casa de Mad. de Larocheffoucault; una pantomima en una finca de Mad. Lambert; una representación de una revista en el Petit Club; la exposición de los retratos del siglo actual; la exposición de los *artistas libres* en la Sala Petit; una exposición de las artes decorativas, otra de flores; y todo esto sin contar las exposiciones particulares, visitas á algunos talleres abiertos estos días al gran público, en fin, arte por todas partes.

El baile de la duquesa de la Rochefoucault Bisaccia ha sido un portento de fantasía, de elegancia y de buen gusto. ¡Qué de vestidos *fantásticos!* ¡qué de tocados *impresionistas!* ¡qué de flores *exóticas* y de iluminaciones *imposibles!* Por supuesto, todo japonés. Música japonesa por una orquesta con instrumentos del extremo Oriente, dirigida por Honk fu fu chink, que no era otro que el conocido Olivier Metra; una comedieta japonesa arcaica representada por la Granier y otros; vaudeville japonés de Toche; solos arreglados al estilo transtibetano, *boudoirs* japoneses, *buffet* japonés, vajilla japonesa, comida japonesa, arroz japonés, helados japoneses, en fin el Japon íntegro transportado á Paris. Todo lo más conocido de esta capital estaba en la fiesta, la cual produjo una suma considerable en favor de la Beneficencia. El decorado fué ideado y dirigido por Felix Regamey.

* *

En el *Petit club* de la Rue Royale, la revista *Paris-Auteuil* divirtió á los concurrentes el sábado último. La Judic y la Richemberg y varios aficionados, todos ellos *boudinés*, por supuesto, fueron los actores. La revista, obra del marqués Massa, estaba regularmente escrita, pero era un cien piés del género insensato.

Después del *Petit-club* la locura se traslada á la finca de Mad. Adam (Juliette Lambert), donde se celebró una fiesta campestre, representándose una pantomima asimismo campestre compuesta por Gustavo Jundt. Cinco breaks de la agencia Cook conduciendo los convidados, partían, á eso de las nueve de la mañana, de enfrente de la Opera, para llegar á las cuatro horas de delicioso viaje á través del bosque de Bolonia, Saint-Cloud y Sevres, á la Vallée de Gif y á la finca, donde esperaba á los invitados madame Lambert. La quinta estaba empavesada. Almorzóse inmediatamente debajo del follaje, la mesa espléndidamente servida, la vajilla de mayólica floreada, y los criados y cocineros vestidos de campesinos á la antigua. A las cinco empezó la representación en un teatro que estaba situado al pié de la arboleda del jardín. Auguez y Sellier cantaron el duo de la *Mutta di Portici*, Jeoffroy recitó vestido de abogado el monólogo *El defensor del criminal*, haciendo desternillar de risa al público, y siguió la pantomima *Les noces de Coquinet*, cuyos personajes son *Pierrot, Arlequin, Polichinela, Colombina, El médico* ridiculizado por Molière y *Coquinet*, el avaro que tiene la nariz de oro. El argumento de esta pantomima es propio de un teatro *guignol*. La fiesta terminó con cohetes, petardos, fuegos de Bengala, música y ruido, y regresamos á Paris cerca de media noche, llegando de día á la capital.

* *

El que quiera conocer la fisonomía de todos los personajes que desde este centro han admirado al mundo á partir de principios del siglo, no tiene más que ir al edificio de l'*Ecole de Beaux arts, quai Malaquais*, y subir á la *Sala Melpómene*. Allí están los exaltados de la Convención pintados por David. Barrere con su traje de campesino y su cara vulgar, con una expresión ni buena ni mala, ni inteligente ni estúpida, gesticula en la tribuna; Mad. Roland, Mad. Recamier, Mlle. Mars, Mars, Carlota Corday, las heroínas de aquella época de sobrecitación y de fiebre

política, se presentan á nuestros ojos con su carácter particular, altivas unas, melancólicas otras, todas con esa mirada vaga del que está poseído por una idea fija. Allí está el general Kleber con su actitud arrogante, con su penacho tricolor, como denunciando á Bonaparte que está enfrente. Napoleón, en varias épocas de su vida, sigue á su víctima. Primero es Bonaparte, oficial de artillería vestido á lo *incroyable*, con la corbata hasta la boca, largas las melenas, flaco, moreno, pálido, de mirada febril, ambicioso; sigue el retrato del general Bonaparte más altivo, más pálido y más nervioso que el otro, si cabe, pero más imperativo y más lleno de orgullo. Ambos retratos son obra maestra de Greuze. Por fin el emperador Bonaparte, de aire pensativo y mirada sombría, grueso, blanco amarillento, de color de adipocera, con el gaban gris y la cabeza rapada, pero con más *tupé* que cuando llevaba el cabello largo, según la expresión de un célebre caricaturista; Talleyrand, con su sonrisa volteriana antece de á Robespierre, correctamente vestido, limpio, estirado, pero con un no sé qué de mediocre y de limitado que hace de él una especie de intendente de casa buena ó un procurador de audiencia de segunda clase: despues vienen Junot; Saint Just lleno de exaltación, simpático y expansivo; Meyer, el delegado de las Provincias Unidas, retratados por el célebre David. En seguida nos hallamos con Murat, el infame Murat, en postura teatral, presumiendo de bello, paseándose por la playa de Nápoles, con unas rosas en la mano. Está pálido, su mirada es siniestra y debajo de tanta finura y de tanta distinción afeminada se trasparenta un alma baja y criminal, sin más noción en la conciencia que la ambición y el servilismo. Y siguen los corifeos del imperio, pero... *Non raggionar di lor, ma guarda é passa.*

Viene la generación del año 30, ilustre generación la de los Víctor Hugo, los Littré, los Sainte Beuve, los Michelet, los Orfila, los Laménais, los Delacroix, los Ingres, los Lamartine, los Dumas, los Guizot, los Remusat, etc. Todos están allí retratados en varias épocas de su vida con sus expresiones particulares, formando un conjunto que inspira graves reflexiones al psicólogo. Viendo los diversos retratos de un individuo, en distintos periodos de su vida, cómo se adivinan las luchas morales y materiales que ha tenido que sostener para elevarse al pináculo de la gloria!

Por fin llegamos á la generación que aún vive y hallamos al *Duque de Aumale* al lado de Clemenceau el tribuno de las masas; Coquelin el cómico con su aire entre contenido y malicioso; Wolf, á quien Bastien Lepage ha hecho menos de lo que él en sí es; la Sarah Bernhardt excéntrica, hablando con un muñeco que tiene en la mano; Edmundo About, con su gorra de piel como un carretero alsaciano; Gallifet, de aire más enérgico y más distinguido de lo que él tiene; Legouvé y Ernesto d'Aureville, académico el uno, fantasista insensato el otro, formando contraste extraño; Renan con su aire de obispo bonachón; Mad. Pasca, aún hermosa; Jules Claretie el novelista suizo, franco y simpático; Carolus Durand, cabeza artísticamente pintada por Sergent, con la barba recortada y el bigote levantado como un caballero contemporáneo de Enrique IV. Siguen Mlle. Adam, Víctor Hugo, Zola, Daudet, Taine, Arsene Houssaye, y por fin viene un retrato teatral, una especie de apoteosis de M. Jules Vaquerie el cual, por ser yerno de Víctor Hugo, parece que se considera con derecho á heredar la gloria de su suegro.

* *

En lo que permite el reducido espacio de que dispone para estas revistas, vamos á ocuparnos de la Exposición internacional de Bellas artes. Francia está representada por Cabanes, Robert Fleury y Herbert. Bélgica por Stevens, Italia por de Nitis, España por Madrazo, Inglaterra por Watts y Hunter, Alemania por Leibl, Austria por Munkacsy y los Estados Unidos por Whistler.

Figuran en dicha exposición retratos admirables y cuadros de género asaz originales. Entre los primeros hácese notar dos de Madrazo. El uno es Coquelin en su papel de D. César, el otro el de una condesa. Llama la atención una escena de tormento en la *Inquisición*, de Robert Fleury, y un *auto de fe*, de gran vigor y realismo extraordinario. Hácese notar los cuadros de Nitis por su colorido, los de Stevens por su elegancia y los *nocturnos en negro y oro*, y en *azul y plata* del pintor yankee Whistler son originalísimos y revelan un género de pintura completamente nuevo.

En la próxima correspondencia continuaremos ocupándonos del Salón.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

OTOÑO, dibujo por A. Marie

El paisaje es otoñal; mas los personajes que en él figuran se encuentran en la primavera de la vida y aún de las ilusiones.

Que la escena tiene lugar en otoño lo demuestra la circunstancia de que nuestros buenos amigos han vendimiado; falta saber si en ajena viña.

Han vendimiado, y con tierna solicitud el joven manco introduce un grano del negro fruto en los labios de su dulce compañera. Su juventud y la inocencia de sus corazones, revelada por su candoroso semblante, son causa de la simpatía que inspira la hermosa pareja.

Y es indudable que su felicidad en ese momento es

tan intensa como pura. Parientes ó simples amigos, vecinos indiferentes de un mismo lugar ó predestinados esposos, su presente es tanto más envidiable en cuanto su familiaridad no tiene por qué sonrojarles, pues se halla limitada por un candor verdaderamente angelical. Si nuestros jóvenes se aman, sin duda será como Pablo amó á Virginia, ó bien así como deben amar á la Virgen las almas de los niños que en el cielo revolotean junto á la divina madre de las criaturas que no la tienen.

Bajo este punto de vista el autor de nuestro cuadro ha estado acertadísimo, produciendo un idilio de amor sin impureza, una pareja de enamorados que, sin decir cosa alguna á los sentidos, deja entrever todo un mundo de felicidad en el porvenir de una pasión honrada.

MARÍA ESTUARDO Y RICCI, cuadro por John S. Dali

María Estuardo, la infortunada reina de Escocia, parecía destinada á causar la desgracia de cuantas personas merecieron su predilección. Empeñada en una lucha á muerte con Isabel de Inglaterra, lucha fomentada en el corazón de entrambas por el fanatismo religioso y la rivalidad entre mujeres, la Estuardo distaba mucho de poder medirse con Isabel, que á su mayor poder como reina, reunía condiciones diplomáticas de primer orden.

La soberana de Escocia tenía una imaginación exaltada, un carácter poco dúctil á las circunstancias y un corazón en el cual la necesidad de amar competía con lo mudable de los afectos. La reina de Inglaterra, por el contrario, era friamente calculista, se plegaba de buena ó mala gana á las condiciones del momento, y si como mujer pudo haber tenido sus debilidades, las ocultó con tanto empeño que llegó á ser conocida por la *reina virgen*.

El resultado de esa lucha no podía ser dudoso: la hermosa cabeza de María Estuardo rodó desde el patíbulo á los pies de su rival inglesa. Pero antes del desenlace de esta tragedia ¡cuántas víctimas sacrificadas por el odio y por los celos!

Entre ellas se contó el músico Ricci. La escocesa se apasionó del humilde cantor, como una de esas antiguas castellanas que, á puro fastidiarse, concedían sus favores al trovador desconocido que llamaba á las puertas de su castillo. Ricci entusiasmaba con sus cantos la ardiente imaginación de María, ó endulzaba las penas de la combatida reina dirigiéndola sus más inspiradas poesías.

El oscuro cantor excitó los poderosos celos de sus rivales, y un día fué villanamente asesinado en presencia de la propia reina.

—Al que se muere le entierran,—dice el refrán. Y esto ocurrió con Ricci, olvidado completamente por María al otro día de haber sido su favorito.

LA PENA DEL CEPO, por Enrique Serra

¿Quereis saber á qué grado de cultura ha llegado un pueblo? Pues enteraos de las penas que imponen sus tribunales.

Cuando esas penas, en lugar de mejorar pervierten, en vez de corregir degradan, tened por seguro que el pueblo en que rigen se halla tan atrasado como los legisladores que las dictaron, como los tribunales que las aplican.—Odia al delito y compadece al delincuente,—esta es la máxima que hoy priva en las sociedades verdaderamente cristianas.

Hubo un tiempo en que las mujeres eran vergonzosamente emplumadas en presencia de un público soez; en que los hombres eran indeleblemente marcados en la espalda, y aún en la frente, por mano del verdugo.... ¿Qué se proponía esa sociedad que separaba para siempre de su seno á una parte de sus individuos, cobrándose en odios y venganzas lo que adelantaba en afrentas?

Hoy por hoy el criterio jurídico y hasta la conciencia pública exigen que la pena sea una reparación que corrija, no un dolor que exaspere y mate. Por esto á la simple vista del suplicio del cepo, de esa tortura que aún se aplica ¡oh vergüenza! en algunos pueblos de América y de África que pretenden vivir en el concierto de la civilización; nuestros sentimientos se sublevaron y la idea repulsiva del criminal desaparece ante la idea aún más repulsiva de la pena.

Ignoramos si el autor del cuadro que hoy reproducimos participa de nuestras ideas; pero si así no fuese, no las hubiera podido defender de ningún modo con mejor talento.

En su composición no se ve al delincuente, se ve el cepo, se ve la ignominia, se ve la degradación legal de un pueblo, se ve á una sociedad estacionaria y digna de los criminales que en ella pululan.

Méno cepo y más instrucción.
¡Méno Corán y más Evangelio!

INSIGNIAS IMPERIALES DE RUSIA

Con motivo de la solemne coronación del emperador de Rusia, hace pocos días celebrada en Moscou, las revistas ilustradas de toda Europa han publicado á porfía grabados en que se representan los diferentes episodios de la misma y las vistas del famoso Kremlin con sus iglesias y palacios. Nosotros, consecuentes con el propósito indicado desde los primeros números de nuestra ILUSTRACION, no nos proponemos invadir el terreno ajeno, publicando asuntos pictóricos de actualidad; y concretándonos á la parte puramente artística, objeto primordial de esta Revista, reproducimos en la plana octava las principales insignias que de su alta dignidad poseen los emperadores moscovitas. La leyenda que acompaña á este grabado nos exime de hacer aquí una descripción detallada de los objetos

en él representados, por lo cual únicamente añadiremos que todos ellos son en extremo valiosos, á causa de las numerosísimas y raras piedras preciosas que los enriquecen, y que los artistas pueden ver en ellos un modelo, así del estilo y gusto especial del arte ruso como del predominante en las distintas épocas á que estas joyas pertenecen.

RETRATOS

del emperador y de la emperatriz de Rusia

El interés con que la Europa entera ha seguido la marcha de los preparativos y celebración de la coronación del emperador de Rusia, no tanto por la curiosidad que esta solemnidad haya podido despertar cuanto por el estado político y social del imperio ruso, nos ha inducido á publicar los retratos de los monarcas recién coronados; Alejandro III Romanoff y María Feodorovna. Háse dado á luz tantas veces y en tantos periódicos la biografía de estos emperadores, que juzgamos á nuestros lectores perfectamente enterados de ella y ociosos por nuestra parte insistir sobre este punto, limitándonos á manifestarles que los retratos en cuestión son los más parecidos, así como los mejor dibujados y grabados de cuantos ha publicado la prensa europea.

LA DEUDA FLOTANTE

¿Veis dos paseantes de tardo y menudo andar, que descansan de trecho en trecho á la sombra de los pinos del *Retiro*? Pues oid lo que van diciendo:

—Pero hombre, ¿habráse visto cosa más curiosa? ¡El lunes recibe el Duque!

—¡Toma! Ya lleva tres bailes, dignos de un rey.

—Yo me hago quinientas cruces.

—Todos dirán que para qué quiere lo que tiene.

—Lo dirán, pero sin duda V. no sabe....—y mirando los árboles como si fueran espías y las matas como si fueran mujeres curiosas, añadió bajito:—El Duque está, como decimos los andaluces, *arrancado*.

—¿Sí?

—Tiene hipotecadas sus fincas, la casa solariega, todo....! Su cortijada de las *Portillas* en Córdoba, es lo último que ha caído en poder de los ingleses. ¿Ve V. todo ese boato? Pues no hay más que humo detrás de él. En esa bendita casa se ha hecho almoneda hasta de los trastos viejos. Los aderezos que luce la señora han sido desmontados sustituyendo las piedras legítimas con diamantes americanos....

—¡Qué atrocidad!

—¡Pero adelante con la danza y con la música....!

El Duque de Montes de Oro anda, en efecto, trocado, aunque no tanto como creen esos viejos murmuradores. Mañana recibe para celebrar sus bodas de plata con la Duquesa Elvira, lo cual no tiene nada de particular conocida la afición de tan ilustre dama á divertirse y á divertir á los demás.

Ella lo ha dispuesto todo: restaura su Hotel; añade algunos retratos á la colección de la familia; trae un cuarteto de músicos alemanes; wagones de flores de Andalucía y Valencia; caprichosas figuritas para el cotillon, y para el *buffet*, salmones de Dieppe, otras de Ostende y trufas de Perigord.

En la lista de los invitados está la crema de la crema y la nata y flor de todas las aristocracias. La Duquesa la dictó teniendo á la vista la *Guía de forasteros* por si omite algún nombre el registro de sus visitas.

Será una fiesta que haga época en los fastos del gran mundo. Los periódicos noticieros pintan la impaciencia que devora á eso que se llama la *High-life*.

El Duque tiene en D. Braulio un antiquísimo servidor, apoderado de su casa y estados, de los que, según se murmura, parece que, en efecto, hace tiempo se apoderó.

Habla el gran señor, y contesta su mejor criado:

—D. Braulio, ¿cómo estamos de recepción?

—Perfectamente.

—Ya sabe V. que Elvira es exigente con su casa.

—He obedecido órdenes de la señora y quedará satisfecha de sí misma.

—Pues gástese lo que se gaste, eso es lo principal.

—Se gastará estrictamente lo necesario.

—Quiero que se gaste lo supérfluo. En una casa ducal no sientan bien las economías. Para eso está la caja.

—¡La caja! dijo D. Braulio y suspiró.

—Todo lo comprendo, amigo mio; V. nos saca siempre de apuros. Si se necesitan ocho ó diez mil duros, póngalos V. y páguelo todo. Me horrorizan las deudas. No quiero ser de esos que viven á merced de sus acreedores. La sociedad está perdida porque nadie se atempera á sus recursos; pero hay deberes de que no podemos eximirnos las personas de elevada esfera.

—Si V. se empeña haremos una nueva operación.

—Convenido. Ya sabe V., Sr. D. Braulio, que yo no reparo en nada....



MARÍA ESTUARDO Y RICCI, cuadro por John S. Dali



RETRATOS DEL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE RUSIA



LA PENA DEL CEPO, dibujo por Enrique Serra

—Ya lo sé, ya lo sé: pero me duele, Sr. Excelentísimo, que esto sea para V. una bola de nieve.

—Nada, nada; aquí lo importante es que quede como debe mi mujer.

Al día siguiente recibía D. Braulio estas cuatro letras:

«Estamos conformes: renovación del primer pagaré. Intereses de costumbre. Mi caja y mi persona son de V. Mande á cobrar los veinte mil duros.—*Becerrillo.*»

El apoderado de Montes de Oro sonreía de gozo y de vanidad al ver este papel.—Comprendo—se decía—que á este señor le repugnen las deudas; lo mismo me sucede á mí. Pero él quiere abarcar mucho más de lo que consiente el estado de su casa: se mete en gastos de bailes y funciones de los cuales tiene que sacarle mi crédito y responsabilidad. Y gracias á que yo descanso en el capital de Becerrillo, siempre dispuesto á hacernos un favor.

Becerrillo, sentado en su escritorio despues de firmar la carta á D. Braulio, alzó la voz diciendo:—Gavilan.

Su cajero se presentó al instante.

—Ya sabe V. que he de anticipar un millon á la casa de Montes de Oro, ó mejor dicho á D. Braulio, con quien tenemos cuentas pendientes. Es un viejo insaciable que siempre se queda con algo entre las uñas. El no tiene bastante personalidad para levantar empréstitos y al fin saldrá con las manos en la cabeza, pero todavía hay en esa casa algo aprovechable y nada se aventura con darles lo que piden.

—Un millon, es dinero...

—Una miseria.

—¡Pues no la hay!

—¡Demonio! ¿No hay en el mundo un millon?

—Eso sí. Yo le tengo para V.

—¿Cómo?

—Buscándole donde está.

—Es que yo no quiero deber nada á nadie.

—Pues á nadie deberá V. mas que á mí, que es como deberse á sí mismo.

—Eso es otra cosa. Vengan fondos pronto.

—Vendrán.

Gavilan pensaba: Este hombre es un majadero que siempre está recetando sin contar con la huésped. Lo mismo trata de millones que si fueran ochavos, y con toda esa bambolla, tiene su crédito en el aire.

Y listo como una comadreja, toma el sombrero y de un salto se presenta en casa de Doña Rita, á quien debe su salvación en momentos de ahogo. Cualquiera la tendria por una mujer vulgar, pero es tal su poder que levanta en peso una casa con sus particulares recursos. Gavilan la entiende y ella explota los apuros de éste y de otros gavilanes. Es una paloma torcaz. Habla por los codos y se saca de ella partido dejándola hablar.

—¿Qué trae esta buena pieza? De seguro viene á pedir.

—Vengo á pedir y á dar.

—Todos vienen Vds. con igual cancion. El mundo está á la cuarta pregunta. Creen que yo tengo una maquinilla de hacer moneda y se llevan chasco. ¡Qué tiempos tan feroces! Los ricos están pobres y los pobres ya no podemos más. Mi capital es corto y está bien repartido: lo tengo sobre seguro y no suelto una peseta que no me produzca tres.

—Y no es mucho para lo que vale hoy el dinero.

—¿Qué ha de ser? Yo no tengo nada de judía, pero tampoco quiero que me llamen cándida. Mis negocios pueden verse al trasluz. Yo no derrocho ni invento danzas para arruinarme como esa loca de Montes de Oro, que pronto van á llamarla Montes de aire. Con que V. ¿qué busca? ¿cuartos? Pues amiguito, andan bajo siete estados de tierra, y el que los quiera tiene que escarbar mucho y bien. A otro que no fuera Gavilan le diria: ¡Desahuciado! pero ya sé que V. no vendrá á proponerme más que lo justo. ¿Qué ocurre? ¿Cosas de Becerrillo? Pues no quiero nada con él. Ese todo lo acapara y con gente tacaña no me gusta á mí tratar. Hable sin rodeos. Yo tengomi genio, pero tengo un corazon que no puedo oír llantos; con que explíquese V. que todo se arreglará. ¿Qué es ello?

—Lo de siempre.

—Claro: que se meten Vds. en un callejon sin salida y cuando les llega el agua al cuello: Que nos saque doña Rita. Muchos hacen lo mismo. A este paso voy á ser yo la redentora de la humanidad. Yo tambien he visto las orejas al lobo y por eso observo conducta y no gasto lo que no tengo. Ya sabe V. lo que me pasó cuando llegué á Filipinas. Me habia casado por poderes con un hombre que estaba bien y á quien no habia visto jamás. Hice el viaje solita... con un amigo... Llego; mi marido se estaba muriendo y apenas me dió tiempo para decirle:—Hijo, ¿puedo saber si has testado?—Falleció aquella tarde; me dejó cuanto tenia, y gracias que

no tuve que pleitear. Pero ¿quiere V. decirme cuál es mi estado? Soltera no lo estoy: casada no llegué á ser, y sin embargo me ponen en las tarjetas: *Rita Alegre viuda de Catalá*. Hijo, hay para rabiarse con esta situacion mia, pero los duelos con pan son menos, y he salido adelante como pocas, manejando mis intereses y haciendo imposibles como la Santa de mi nombre. Con que vamos á ver lo que V. quiere.

—Siete mil duros, para completar...

—¡De un golpe!

—La cosa urge...

—Eso es muy fuerte. Daré cuatro en el acto y al firmar la escritura lo demás.

—Haga V. un esfuerzo, Doña Rita, que no lo perderá.

—Pero déme respiro hasta mañana.

—Sin falta.

—Es V. un gancho de lo que no hay.

Y doña Rita de Catalá se quedó haciendo este aparte. «Yo le daría eso y más si no me vencieran estos dias varios plazos. Mañana el de Clorinda que ya me amenazó con la demanda, y las modistas de tono son atroces. Mas ¿cómo desperdicio esta ocasion? Gavilan tiene mejor dinero que Becerrillo; ya le he sacado algunos bocadillos, ¿y á él qué le importa? Es listo y se mete por el ojo de una aguja, aunque no sé cómo saldrá haciendo casas para vender y sosteniéndose con el dinero de los demás... ¿Quién entra?

—¿Está la Señorra?

—Abur Madama. ¿Quién ha abierto á V.?

—El famulito.

—(¡Bárbaro!) Cuánto me alegro,—y la da un golpecito en la espalda en muestra de cordialidad.

—¿Qué trae V.?

—¿Traer? Nada; vengo yo misma, á cobrar.

—Ah, sí, aquella cuentecilla... siéntese V. Pues yo dije: hace un siglo que no tengo el gusto de ver á Madama y he de ir por allá... Ya me han dicho que ha hecho V. en su establecimiento grandes mejoras y que aquello está confortable, irreprochable, pitoyable...

—Gracias.

—Out.—Ya empiezo á hablar. Pues hija, lo principal de una casa como la de V. es la fantasía y el *savarfér*. La señora de Pinto me dijo:—Bien se conoce que allí vive la modista de todo el orbe, y que entra á cargas en aquella casa el metal. Hasta ha cambiado las letras doradas de la muestra que antes eran chatas y ahora de cuerpo entero. Los salones estan á *merville* y hay un mar de figurines, muestras, adornos y *nuevotés*.

—¡Oh! V. *parle* bien nuestro idioma, *Donarrita*.

—Ka, hija, de oído, desde que hice el viaje á Filipinas con escala en *Suzantón*. Vds. sí que aprenden de golpe el castellano. Da gusto cómo le habla V. ¡Qué pronunciación tan clara! Yo tengo una amiga que ha estado diez años en Francia y ha vuelto como se fué.

—Oh *señora*; yo tener prisa y aquí la *presengto* mi cuenta, que *empeso* por *Enerro* hace dos años y ya es *credidita*, con la obra de compromiso entregada estos dias.

—Mucho, mucho; hoy debia pagarla, pero me lo impide un pequeño contratiempo y dije: Madama me dispensará por unos dias más.

—*Ne pa* posible.

—No entiendo.

—Usted no *conoser á mon mari*...

—¿Quién es María?

—Mi *magrido*...

—¡Ah!

—No *esperra*.

—Ya sé que no es perra, pero se tiene que esperar por la sencilla razon de que hasta el sábado no tengo disponible el dinero.

—Es que otras *veses* mi dijo que el *sábato* y... son *sinco* trajes *modergnos* que ya *serran* *anticos*, y sin *contarg* el último para la *resepsion*, que es de mucho *presio pur* los *adorgnos*, las plumas y los *valensien*. Y como V. mi encargó de lo *mejorg* y yo *crrel* que *tendria* *parra* ello...

—Señora ¿pero cómo queria V. que una persona de mi posicion fuera al baile de Montes de Oro? He sido de las primeras invitadas por la Duquesa, y no podia faltar. Tenia que estrenar traje para quedar con decoro: esto no tiene vuelta de hoja.

—Pues podria *irg* de *muselin* ó *fularg* y no *haberg* confeccionado un *vestido* tan *carro* si la *señorga* no lo podia *pagarg*.

—¡Por supuesto! ¡Qué cosas tan originales tiene esta Madama! La perdono á V. porque no conoce mi firma ni el crédito de la viuda de Catalá. Sepa V. que yo no quedo mal con una artista cualquiera, por una simple cantidad de dos ó tres mil francos. Tenga V. puesto el recibí, que el sábado irá mi pagador y finiquitaremos.

Y doña Rita se puso en pié con mucha dignidad, despidiéndola con un:

—¡Beso á V. su mano!

A lo cual Madam Clorinda contestó con una risita de conejo, y tomó la puerta articulando mentalmente estas frases:—¡Trampas! ¡Trampas!

Doña Rita, que empezaba ya á sofocarse, murmuraba:—Estas costureras de lujo se meten en todo. ¡Y luego tener valor de hablar de su *marrido* una mujer que ni siquiera es viuda, porque no se sabe lo que es!

Repantigado en una marquesita del cuarto de prueba del gran taller de Clorinda, esperaba un bigotudo caballero, atarazando una boquilla de cara de sátiro *culotté*, é izado en ella un puro muy corrido. Era un capitán de caballería vestido de paisano, de esos que dicen con su fachada: «Aquí hay un valiente.»

Clorinda al verle, echó á vuelo las campanas de sus ojos, exclamando:—¡*Solerg!*—y Soler, saludándola con un pellizquito en la mano, dijo:

—Chica, no tengo dinero.

—Yo te iba á *pedirg*...

—¡Pues no me faltaba mas!

—¿En que lo gastas, *querrido*?

—¿Y tú?

—¿Y el billete de veinte *durros* que te di *ayerg*?

—Anoche falleció.

—¡Maldita *timbirrimba!*

—Eso es; mala si se lo lleva y buena cuando lo trae. Clori, no seas ingrata. ¿Te acuerdas de aquel dia feliz? Estábamos como arpa vieja. Tres golpes: un fortunon! De allí salió mi caballo, y tu primer mostrador. Andaban los centines por el suelo: te nombré mi cajera sin fianza, y manejastes mi capital á discrecion. Tuvimos tú y yo desde entónces muy buena sombra; todo nos salió *al pelo*, pero ahora se han cambiado los frenos. Yo no vivo de mi paga, porque de ella viven otros, y tú eres rica; tú estás bien por tu casa; tú ganas lo que yo pierdo y no tienes ingleses...

—Nada más que tú.

—Perdona, yo desde que te conocí, no soy inglés, ni español, sino manchego afrancesado.

—Un *picarro!* que saca *istorrias* por no *cumpling* con su *obligasion*.

—¿Y tú? Me das lo que puedes, comemos bien; eso sí; me tratas á cuerpo de rey; pero nunca hemos liquidado. No hay tuyo ni mio.

—¡Ingrato! ¿*Quierras* *ajustarg* cuentas?

—¡No, mujer! ¡lo que quiero son cuartos! ¡cuartos!

—Pues te *dirré* lo que me dice *Donarrita*. *El sábato: tourne* el *sábato*...

—Ya conozco á esa señora que debe un año de su coche de alquiler, y que tiene temporadas para pagar.

—Y vestidos gratuitos, *parra irg* al baile de Montes de *orro!*

—Pues si esperamos su dinero...

—¡El *sábato!*

—¿El sábado, y hoy es lunes? ¿Y qué haré yo toda la semana?

—*Serg* *hombrrre* de bien.

—¡Yo no puedo ser hombre sin un céntimo!

—¿*Quierras* una copita de *Ferrés* con un *emparredato*?

—Quiero un emparedado de billetes de Banco.

—¿*Quierras* *almorsar fuergté*?

—Clori, ya veo que no piensas más que en el plato. ¡Eres atroz! Tú no tienes más parientes que los dientes. ¡No amas!

—Oh, sí, *mon ami*; *je t'aime comme á mi futurro*...

—Sí, como á futuro muy largo; ya lo sé. A Dios.

—¡*Solerg*, *esperra*, *mirra*, *ecoutez!* ¡Oh *mon Dieu*...!

El capitán Soler huía de Clorinda porque habia perdido los estribos y no queria darle un torniscon. Echaba venablos por aquella boca:—¡Franchuta! ¡Tipo! ¡Sabañon! ¡Tienes el alma en el estómago! Vas á morir de un atasco. Tú engordas y yo pago. Es mio cuanto tienes y me escatimas una peseta. ¡Tú me las pagarás!

Llega á su casa bramando: se sentia débil de carácter y de estómago. Tropieza con Cardona su asistente:

—¡A la órden...!

—El almuerzo.

—No está.

—¿Qué le falta?

—Sal, vino, pan y postres.

—¿Y para esto he rehusado el convite de Clorinda? Yo ayuno y ella se atracará. ¡Tendrá su *menú* y echará pechugas á la perrita...! ¿Qué haces ahí? Anda por eso.

—Está bien.

—Y trae pastelillos, dátiles, aceitunas y café.

—No se quede V. corto, señorito.

—Y tráeme tabaco.

—De la Habana. ¿Y qué más?

—Por ahora, nada.
 —Pues venga *guita*, mi capitán.
 —¡Estólido! ¿Si yo tuviera dinero te pediría de almorzar?
 —¡Pues esta es la de ayer, y la de *antiyer* y la del otro...! pero el caso es... que ya no me fian, ¡quía!
 —¡Canalla! ¿Y qué has hecho del metálico que te entregué á principio de mes?
 —¿Siete duros y hoy es 17?
 —¡Ménos te dí el mes pasado; te sobraron 18 reales y me distes dos veces salmon, dos veces per-dices con chocolate y tres veces flan!
 —Mi capitán, por eso estamos en el *Espicio*...
 Y Soler, tirando de una silla como quien tira de la espada, bostezó estas frases:
 —¡Traes ahora mismo lo que te he mandado ó te divido por la mitad!
 Cardona huyó y Soler se puso á silbar la marcha de las trompetas de *Aida*, mientras que su banquero discurría en la cocina el modo de comprar tantas cosas sin un ochavo.
 —¡Maldita sea la hora—decía—en que me sacaron de asistente, que es como sacarle á uno á fusilar! Señor, ¿soy yo santo para hacer tantos milagros? ¡Quía! Claro es que ántes ahorraaba con lo que sacaba de la compra y con alguna otra cosita que me he sabido agenciar; pero esa miseria la he puesto en compañía del portero del 21, para establecer un puesto de melones y sandías, y todavía necesito más! Señor, ¿qué hace este condenado de hombre con su paga? ¿Qué ha de hacer? Ponerla á la sota de oros, ó gastársela con esa *Madame* que le tiene *chalo* y que parece una sanguijuela con tanto chupar. Si él fuera un hombre *apañaito*... ¡Quía! Han llamado.—Sale y abre.—Es la lavandera.
 —Cardona, dame esa pizca de ropa, si es que me la quieres dar, que ya he venido cien veces.
 —Señá *Duviges*, me viene V. de perilla.
 —Soy como el reloj, que da cuando debe dar.
 —Yo tambien soy un reloj algo atrasado.
 —Te faltará cuerda.
 —Lo que me faltan son pesos.
 —Pues que te adelanten, para que rijas bien.
 —Si V. me quiere adelantar.
 —Pero indino, ¿no te he dado á rédito sesenta pesetas y no veo los intereses ni veo ná?...
 —Necesito ahora mismo un par de duros.
 —Premítame que me choque. ¿Pues no os habeis puesto de melones, digo nó, de meloneros tú y el Baltasar? ¿ó es que ya *vos* las echais de *propetarios* sin tener en qué caerse muertos?
 —¿Cuánto lleva V. encima? Suéltelo pronto, que es tarde y tengo que dar al señorito de almorzar.
 —Llevo lo que he cobrado en casa de una parroquiana que me paga á gotitas; 27 *riales* y dos perros, para que el diablo no se ria de la mentira.
 —Vengan acá.
 —¿A rédito?
 —Mi amo responde, y pagará los intereses á fin de mes.
 —Bueno, ya sabes: á peseta por duro que es lo que me lleva á mí el fiador del río. Pero mira, tienes que firmarme un papel, porque yo no hago nada sin esta *formalidd*.
 —Coja V. esa ropa y vamos fuera, que todo lo arreglaremos en la tienda.
 —Vamos allá.
 Y en un santiamen bajaron á la esquina, diciendo ella:
 —Tú me pides á mí, y pides á otros, porque haces lo que tu amo, que tirais la casa por la ventana y luego vais á la calle, á pedir limosna. ¡A ver si eso es regular! Sois unos mani-rotos y quereis especular con el sudor de los demas. Mucha fachenda y luego no teneis camisa, ó si la teneis, no se quién la lavará, porque yo llevo cada semana dos del señorito y una tuya, y todo lo componeis con cuellos y puños postizos, para figurar lo que no es. Anda, que no sé cómo no se os caen los bigotes de vergüenza!... Tambien yo quisiera ser reina, y tener una doncella *pá* que me abanicara, y otra *pá* que me apretara el corsé, pero hijo, mira en que *indisposicion me se* han puesto las manos con las *helds*.
 —Está V. cargada de razon, Señá *Duviges*, pero déme V. los 27 reales que es lo principal.
 —Tómalos para que no muelas, y ya haremos la escritura, y con esta serán tres, porque parece que te ha hecho la boca un fraile con tanta *nescidad*.
 Soler, al cabo, almorzó bien. De ello se enteró su lavandera cuando al anochecido, fué á la tienda de Regino á curiosear.
 —¿Qué llevó el asistente del capitán esta mañana?
 —Unas frioleras; dátiles, café, aceitunas...
 —¿Y lo quedó á deber?
 —¿Cuando no es Pascua?
 —¡Este Regino es un santo bendito! Te lo tengo dicho: ¿cuándo aprenderás?

—Gastan diez, pagan dos, y vuelven á sacar.
 —Hijo, ántes ponian letreros en las tiendas diciendo: «Hoy no se fia aquí, mañana sí;» pero ahora, sois tan *lilas* que casi todo lo teneis de regalo. ¡Y luego dicen que son personas finas...! ¡Calle V. hombre, que dan ganas de provocar...! ¿Vas mañana á los toros? Allí nos veremos.
 La señora *Eduvigis* tomó la puerta, y Regino asombrado murmuraba:
 —¡No se ha visto descaró igual! Esta mujer siempre lleva vestido nuevo; gasta como una artista: saca á su esposo con levita y *chistera* los domingos: van al café y luego á la comedia de por horas. Primero falta el sol que ellos falten á la corrida. Se dan más lustre que el embajador de Rusia: ¡ella me debe ya de género 17 duros y me aconseja que no fie!
 Y en esto entró el corredor de garbanzos y aceite, gente que vive á la sombra de crédito y que maneja muchos miles, de palabra, y llevando á Regino á la trastienda, emplea la suya en este aparte:
 —Regino, ya sabes que yo te aprecio y por consiguiente quiero evitarte disgustos. Ya sabes que para el pago de esas dos cuentas te han concedido moratorias, y que pasan los meses sin que dés luz; por lo cual el Sr. *Niceto* y el tío *Salta-Charcos* se han *plantao* en Madrid y vendrán mañana tempranito por los 17000 y pico de reales que adeudas. Ellos han sabido que has comprado un solar en el barrio de *Pajaritos*, y que vas á hacer una casa, y que escupes por el colmillo, y eso no es regular. Con que te lo *alvierto* y hasta mañana.
 Regino reunió un poco de dinero, y pasó la noche echando pestes de los cosecheros y del corredor. A la mañana siguiente, era juzgado por el tribunal de los tres. Sacó las rebafiaduras de su caja, entregando 3,527 reales á cuenta, y quedando á deber 13,674. Los cosecheros clamaban por el poco fruto de su viaje. Surtian á varias tiendas del género mejor, entregado con puntualidad, y las cuentas se eternizaban. La pella de Regino era de las más gordas.—Nosotros,—le decian,—somos arrendatarios, y tenemos que pagar al amo. ¿Y cómo hemos de cumplir con él si vosotros nos faltais?—Renovó su obligacion el tendero y mediante su consabido tanto por ciento, el corredor ofreció estar encima hasta el finiquito de las cuentas, retirándose mohinos los acreedores á distribuirse aquella miseria, poniendo por testigos dos vasos de vino.
 Y decia el Sr. *Aniceto*:
 —Compadre, su *mercé* tiene más espera. Este año se ha perdido la cosecha de aceituna y acabo de plantar un majuelo que me cuesta un sentido. Mi crédito es mayor, y me aguanto con 3,000 reales.
 Y replicaba *Salta-Charcos*:
 —Camarada; si el aceite de V. es bueno y caro, mis garbanzos son gloria, y no se cogen mejores en tierra de Castilla. Si V. debe un majuelo, yo debo una viña que acabo de comprar al tío *Seis dedos*, y con 500 reales no tengo para el pago.
 Y despues de una serie de dimes y diretes, y de haberse guardado el dinero por mitad, los arrendadores saboreando el último sorbo de *Valdepeñas*, dijeron:
 —¿Ha visto su *mercé* el amo?
 —No. ¿Y V.?
 —Tampoco. ¿Debe V. mucho á la casa?
 —Cinco años. ¿Y V.?
 —Siete. ¿Pero qué es eso para quien tanto tiene?
 —Estará muy ocupado con los bailes.
 —¿Cuánto dirá V. que le cuesta el de esta noche?
 ¡Diez mil duros!
 —¡Aprieta! ¡Pues no tiene el Duque de Montes de Oro ropa para tanto.
 —Yo no parezco por la casa.
 —Ni yo. ¿Para qué? ¿Para que nos eche el toro el cuco de D. *Braulio*?
 —Siempre nos dicen que S. E. no recibe...
 —Anda, que espere el Duque.
 Y reanudado el diálogo de los viejos paseantes del *Retiro*, que pasan la vida corrigiendo de pruebas á la sociedad, véanse los dardos de su acerada crítica:
 —¡Qué tiempos!
 —Nadie se contenta con lo que tiene.
 —Vivimos unos á expensas de otros.
 —La deuda flota como una nube negra.
 —Por eso dice todos los dias el cristiano: «Perdónanos nuestras deudas.»
 —¡Tanto como se ha escrito sobre la teoría del deber...!
 —Pero sobre la del pagar... ¡Nada!
 —Ya sabe V. lo que dijo un sabio: «El país más rico, es el que más debe.»
 —Saque V. la caja, hombre, y tomaremos un polvito.
 —Allá va; pero, amigo mio, advierto que nunca saca V. la suya.

—Eso consiste en que donde hay dos, siempre es uno el que hace el gasto.
 —¡La deuda! ¡La deuda!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

FERROCARRIL PARA BUQUES.—El 30 de abril se han inaugurado en Miscatitla (México) las obras para la construcción del ferrocarril ideado por el capitán Eads para transportar los buques del Océano Atlántico al Pacífico, y viceversa, al través del istmo de Tehuantepec. Este camino de hierro tendrá 150 millas de largo, y partiendo de Miscatitla en el golfo de México, terminará en Salina Cruz, en el de Tehuantepec, dando por supuesto que su construcción llegue á terminarse.

**

M. Stanley, que prosigue incansable sus exploraciones en Africa, se halla actualmente entre Stanley-Pool y Malyanga, preparándose á remontar la parte navegable del río Congo en tres lanchas de vapor llamadas *Real*, *Adelante* y *Asociación internacional africana*.

**

Los establecimientos fundados en Sabah (isla de Borneo) por la «North-Borneo Company» bajo la protección del gobierno británico y que no há mucho tiempo fueron causa de que se cruzaran algunas notas diplomáticas entre dicho gobierno y el español, se desarrollan rápidamente. Estos establecimientos han cambiado su nombre de Sabah en el de Borneo, y tienen ya un periódico consagrado á insertar los anuncios oficiales de la sociedad, la cual ha inaugurado un sello de correos para su servicio. Vese pues que la Compañía no pierde el tiempo para aplicar los derechos soberanos que la metrópoli le ha conferido y dar á su instalación en el país el carácter de un hecho consumado que la exima en cierto modo de toda protesta litigiosa.

NOTICIAS VARIAS

RAILS DE PAPEL.—Los periódicos americanos anuncian que el papel, muy usado ya para fabricar ruedas de wagones, se puede emplear tambien en la construcción de rails ó barras-carriles, cuyo coste resulta una tercera parte más barato que el de las de acero. Segun parece, la duración de los rails de papel es mucho mayor, no siendo de temer en ellos los efectos de dilatación y de contracción. Lo propio que las ruedas de wagones, dichos rails son enteramente de papel comprimido de una solidez á toda prueba.

**

MONUMENTOS ASIROS.—El viajero alemán Sester, que acaba de recorrer el Asia Menor, dedicado á investigaciones arqueológicas, ha descubierto cerca del punto en que el río Eufrates se abre paso al través del monte Taurus, unos monumentos de proporciones colosales y completamente ignorados hasta hoy. En una montaña de dos mil metros de altitud situada entre Malatiah, Samisat y Diarbekir, hay restos de edificios que tienen hasta diez y ocho metros de altura, y están llenos de inscripciones casi totalmente intactas, pero todavía indescifrables. Estos monumentos parecen anteriores á la época asiria: cerca de ellos se ve la tumba real de los antiguos reyes de la Comagena, lo cual hace suponer que dichos vestigios han formado parte de un panteon gigantesco.

**

MARINA FRANCESA DE GUERRA.—En la actualidad consta la armada francesa de 324 barcos, de los cuales 22 son acorazados de combate, 13 para la defensa de los puertos, 9 guarda-costas y 6 baterías flotantes.

Los cruceros forman la segunda categoría de la armada, ascendiendo su número á 144.

Componen la tercera categoría los trasportes, 15 grandes y 24 de estacion.

A estos buques hay que añadir 18 de vela, que sirven de escuelas de contramaestres, grumetes y aprendices navales, etc., etc.

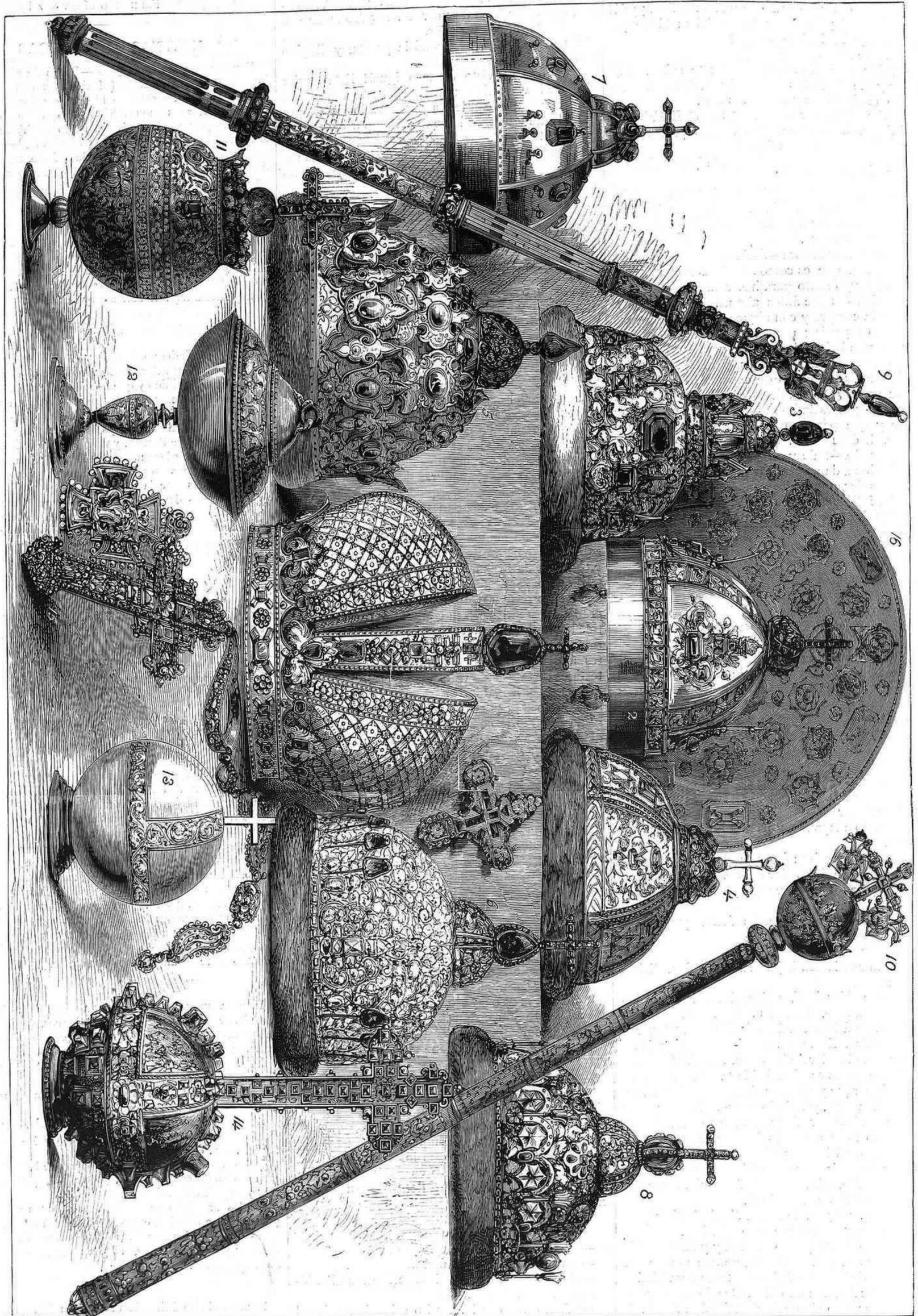
Junto á estas escuadras hay otra que ha adquirido gran desarrollo en Francia, la sub marina, que comprende 59 torpedos, divididos en tres clases.

En los arsenales se construyen en estos momentos 70 barcos, 20 de ellos, entre fragatas y cañoneras, acorazados, costando los de primera clase como el *Almirante Duperré* y la *Devastacion*, 16 y 12 millones de francos respectivamente.

**

Durante el año último han sido destruidos por las llamas hasta 42 teatros: 17 en los Estados Unidos, 7 en Inglaterra, 5 en Rusia, 4 en Alemania, 3 en Francia, 2 en España y 1 en cada uno de los países siguientes: Bélgica, Suecia, Bulgaria y Rumanía.

Los países donde hay más afición al teatro, y donde por consiguiente hay más edificios dedicados á esta diversion en proporcion al número de habitantes son Italia y España; Francia figura mucho despues y á grandísima distancia siguen Alemania y demás países germánicos.



- 1 Corona imperial de la emperatriz Ana
- 7 Corona de Pedro Aleixivitch
- 12 Cáliz para el óleo sagrado
- 2 Corona de Siberia
- 8 Corona de Ivan Aleixivitch
- 13 Globo de oro de Pedro II
- 3 Corona de Astrakan y del Gran duque Miguel
- 9 Cetro imperial
- 14 Gran globo imperial del imperio ruso
- 4 Corona de Wladimiro ó del Heredero del trono
- 10 Gran cetro imperial
- 15 Cruces que lleva el czar en el pecho
- 5 Corona de Kazan
- 6 Corona del czar Pedro
- 11 Globo bizantino esmaltado y adornado de piedras preciosas
- 16 Escudo antiguo, forrado de terciopelo carmesí con bordados

INSIGNIAS IMPERIALES DE RUSIA

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON